

Fernando VALERA

Diputado a Cortes

Presidente del Gobierno
de la República Española

LA MONARQUIA CONTRA LA NACION



Ediciones de Información
y Propaganda de la
República Española

LA MONARQUÍA CONTRA LA NACIÓN

por Fernando VALERA

Estos artículos recogen los párrafos más importantes del discurso que pronuncié en la Sala Cadet de París el 15 de diciembre de 1975, del que dió extenso extracto el periódico «Política». Los hechos acaecidos en los meses transcurridos han venido a confirmar mi tesis de que la nueva monarquía española, es por ley de nacimiento, incapaz de restablecer las libertades públicas en España. Como dijimos en otra ocasión, «si la monarquía hubiese estado de veras dispuesta a garantizar mañana el libre juego de las libertades públicas, habría condicionado su restauración al restablecimiento previo de esas mismas libertades».

«Ninguna restauración puede ser legítima y acatable, si se le sustrae al pueblo el ejercicio de la facultad constituyente, o lo que es lo mismo, si no nace de la consulta previa, libre y sincera a la voluntad popular.» (Ni Caudillo, ni Rey: REPUBLICA, pág. 234.)

I.—Sobre el origen espurio de las nuevas monarquías

ASOMBROSA e irritante es la solidaridad que el mundo llamado libre suele prestar a cuantos regímenes tratan de perpetuar o de restaurar el feudalismo. En la pugna entablada entre el imperialismo capitalista occidental y el imperialismo oriental mal llamado comunista, disputándose la hegemonía planetaria, los gobiernos de abolengo liberal y democrático, singularmente el de Estados Unidos, padecen una enfermiza proclividad a buscar las alianzas más absurdas y contradictorias con los tiranos, sultanes, emires y reyezuelos de todo linaje.

Y sin embargo, parece evidente que no se podrá contener la marea ascendente del comunismo oponiéndole el frágil

valladar de un feudalismo condenado por ley del tiempo a desmoronarse. ¿A quién si no a los necios diplomáticos occidentales se les podría ocurrir la idea de que los Lamas del Tíbet —una monarquía teocrática y pre-feudal— serían el aliado eficaz para hacer frente a la inundación de la China revolucionaria? Al comunismo sólo se le puede contener y vencer haciéndolo innecesario, es decir, levantando en todas las sociedades civilizadas o en vías de desarrollo el alcázar inexpugnable del socialismo libre o de la democracia social, dos nombres diferentes para mencionar la misma cosa. Ni justicia social sin libertad del ciudadano —stalinismo—, ni libertad del ciudadano sin justicia social —imperialismo capitalista—.

Yo no sé si denunciándolo valientemente se llegará a curar a tiempo esa manía o vicio del occidente, a que suelen colaborar, acaso sin darse cuenta, los medios informativos, prensa, radio, televisión, ofreciendo a sus clientelas una imagen deformada, absurda y entontecedora de la realidad. Abusando de la credulidad e inocencia del público, se le hacen tragar verdaderas ruedas de molino, como la que vimos y leímos años atrás, al celebrarse el tercer milenio de Persépolis, cuando se presentaba al actual Shah del Irán poco menos que como el descendiente directo de los grandes *Basileos* del antiguo imperio persa. Insigne patraña de la diplomacia y de la informática, que le permite impunemente al Shah y a su elegante Farah Diva mantener un imperio monstruoso fundado sobre la horca y el petróleo. Hay que evocar la memoria del general Franco —ciento noventa y cuatro mil y pico penas de muerte en treinta y nueve años de reinado— para encontrar un tirano semejante. Y nada de Darío, ni de Artajerjes ni de Ciro el Grande entre los antepasados; la dinastía moderna de los Pahlevi fue fundada el otro día por el cruel mercenario Riza Khan, con ayuda del *Inteligente Servicio*, tras destronar a los descendientes del feroz eunuco Agha Muahamad que en 1786, antes del petróleo, había instaurado la dinastía legítima (?) de los Qadjar.

¿Y qué decir de los sultanes y reyezuelos de los países árabes, por ejemplo el reino de la Arabia Saudita, otra superchería de la diplomacia británica? El capitán de bandoleros Abd-al-Azid Ibn Saud fundó sobre el puñal y la cimitarra, a raíz de desmoronarse el imperio turco, la nueva monarquía que hoy pasa por ser poco menos que descendiente directa del Profeta. Algo parecido fue la creación reciente del reino árabe de Jordania al que se atribuyó el ochenta por ciento del territorio que los palestinos desplazados reclaman ahora al minúsculo Estado de Israel, con el asentimiento de la bobaliconería univer-

sal, que no está enterada, ni quiere enterarse, de nada. Y los emires así entronizados se asesinan, instauran y destronan (como si fueran reyes godos) invocando el Corán y santificando el petróleo, para consagrar el principio de la continuidad y legitimidad de las monarquías.

Es como si El Pernal y El Vivillo se hubieran apoderado de Andalucía, y se les reconociera luego como reyes de Córdoba y Sevilla, y se les prestigiara diciendo que descendían de Abdelraman el Grande, del Rey Almotamib y aún de los Emperadores Trajano y Teodosio, que también eran andaluces...

Y ahora asistimos en la prensa mundial al escándalo de presentarnos a Don Juan Carlos como un rey legítimo de España, que viene con el designio de devolver a los españoles las libertades que les fueron arrebatadas tras una guerra feroz en que se logró el triunfo sobre el pueblo y la República mediante las ingerencias de las mehalas marroquíes, el tercio extranjero, los soldados de Salazar, las divisiones motorizadas y los aviones de Hitler y Mussolini. Pero de esa inicua confabulación contra la dignidad y las libertades del pueblo español, bien vale la pena de que nos ocupemos otro día, si la cólera no nos traba la pluma... y si encontramos tribuna libre donde manifestar nuestro pensamiento.

II.—España bien vale un perjurio

TMO que la indignación, tal vez la cólera, ante la superchería que se está cometiendo con la opinión pública, presentándole al nuevo rey de España como restaurador de las libertades, obnubile mi entendimiento, de suerte que en vez de ofrecer a mis lectores el fruto de una meditación serena y objetiva les aporte únicamente los relámpagos de una rebeldía agresiva, aunque justificada. La sinceridad que les debo me impele a prevenirles contra mí mismo, para que no me concedan crédito, sino después de haber ponderado mis razones y mis sentimientos.

Días atrás, regresando con otros compatriotas de una excelente disertación del sabio hispanista Marcel Bataillon, en el Ateneo Ibero-Americano de París, sobre *Bartolomé de las Casas apóstol y protector de los indios*, el chófer del taxis que nos

llevaba a casa, al darse cuenta de nuestra nacionalidad española, nos dijo afable y candorosamente: «Ahora podrán ustedes vorver a España, pues que ya tienen un rey liberal». He ahí el resultado a que conduce la perfidia —o quizás la ignorancia— de una información tendenciosa y falaz: todo el mundo llega a creer que la República española ha dejado de ser problema, pues que ahora, desaparecido Franco, ya hay en España una monarquía liberal y legítima. ¿Cómo demixtificar esos estados de opinión fabricados merced a la técnica de los reflejos condicionados, tan admirablemente desarrollada y practicada por Goebbels, aquel genio diabólico de la propaganda hitleriana? Antes se decía: calumnia, que algo queda; ahora se practica: miente, que a fuerza de repetir la mentira, todo el mundo terminará creyendo que es la verdad.

Recientemente, una personalidad americana de primer orden me preguntaba: «¿Cómo es que usted afirma de manera tan categórica que el rey Don Juan Carlos no será, no puede ser, no quiere ser *le Prince éclairé* que profetizaba «Le Monde», rey liberal que proclama la prensa universal?». Es muy sencillo, repliqué, porque yo profeso la doctrina de los dos filósofos más profundos que ha producido España, Sancho Panza y Perogrullo, según cuyo sabio refranero «no se pueden pedir peras al olmo»; y el rey Don Juan Carlos, por su origen, por su educación, por la tradición de su dinastía y sobre todo por sus solemnes compromisos con el régimen franquista, no es, no se propone ser, no ha dicho jamás a nadie que quiere ser un peral democrático, sino un olmo totalitario.

Los que otra cosa piensan olvidan que Don Juan Carlos no ha sido designado por el pueblo, sino por la voluntad omnímoda y carismática del Caudillo, y con el compromiso de perpetuar la usurpación y secuestro de la soberanía nacional. Por consiguiente, ha heredado de Franco, no solamente el poder y el sistema, sino también la responsabilidad de sus crímenes. Se engañan, pues, los que fingen creer que el nuevo rey quiera y pueda iniciar la evolución del régimen ilegítimo, autoritario y anacrónico, hacia la libertad y la democracia.

Le ofenden, además, sin proponérselo, cuando le suponen capaz de traicionar el juramento de fidelidad prestado ante un crucifijo en las Cortes del reino medieval, con la misma desevoltura con que traicionó la lealtad debida a su padre y jefe de la dinastía, imitando a su antecesor Fernando VII, a quien también los cándidos españoles recibieron como «el Rey Desea-

do». No se puede empezar como Fernando VII, para terminar siendo Isabel II de Inglaterra.

De «esperanza evanescente» calificó un eminente doctor de San Sebastián, que vino a visitarme el otro día, la suscitada artificialmente por los medios informativos de España y el extranjero. Esperanza evanescente, en efecto, la que sólo puede fundarse en la vana creencia de que el tradicional y hereditario perjurio borbónico pueda anular la solemnidad del doble juramento prestado por Don Juan Carlos ante las Cortes del Reino. *Paris bien vale una misa*, diz que dijo el fundador de la dinastía, Enrique IV de Francia, y en virtud de ese pragmatismo —como se apellida hoy a la indecencia— el caudillo de los protestantes vino a ser el rey de los católicos... Me causa rubor, por él y por los que en él fundaron esa esperanza evanescente, pensar que Don Juan Carlos pueda reverdecer las glorias de su antepasado, diciendo para su sayo al jurar y rejurar, con el propósito de perjurar, la lealtad a los principios de la Monarquía franquista: *España bien vale un perjurio*.

III.—Los primeros pasos del nuevo Rey, o cómo se adultera la información

HEMOS sentado en artículo precedente el principio de que el nuevo rey de España no puede, ni quiere, ni ha dicho a nadie que se proponga restablecer las libertades democráticas. Tras las afirmaciones, vengamos a los hechos, subrayando la impúdica deformación que de ellos están haciendo los medios informativos.

Recuerdo que durante la guerra española, el entonces comisario del Ejército republicano y ahora ilustre profesor universitario y original y celebrado autor dramático José Ricardo Morales, me contaba un día cómo los soldados habían acabado con los gatos en el frente de Extremadura, adobando con las blancas carnes de los felinos sabrosas paellas a la valenciana.

—«Vamos, que les dabais a los soldados, gato por liebre», comenté.

—«No; les dábamos gato por gato. Nosotros no engañábamos a nadie», me rectificó.

Así también ahora en vano se empeña la informática en presentarnos a la Monarquía española como si fuera liebre de democracia, pues que ella, con sus dichos y hechos, proclama lealmente que sigue siendo gato de autoritarismo franquista. Y no puede ser otra cosa, por vicio de nacimiento.

Apenas coronado el nuevo rey, se anunció con bombo y platillos la generosa amnistía general, y así se comenzó a fabricar el clima favorable a la *esperanza evanescente* en la liberación de la Monarquía. Luego los hechos demostraron que, en realidad, los verdaderos beneficiarios del mezquino indulto —que no amnistía— fueron los delincuentes comunes condenados por los escándalos financieros del régimen, como el paradigático de MATESA. El propio presidente Arias Navarro en su reciente discurso ante las Cortes afirmó bien categóricamente que, por ahora, no habrá amnistía. Suponemos que Santiago Carrillo y sus corifeos «a todos los azimuts» se habrán convencido ya de la futilidad de su bien intencionadas campañas pro-amnistía. Lo que los españoles quieren no es que los pongan de momento en la calle, sin quitarles de encima la espada de Damocles de su permanente delincuencia, puesto que una vez amnistiados del inexistente delito, es decir, del intento de ejercer los derechos ciudadanos, siguen siendo delincuentes. Lo que España necesita no son amnistías —Franco fingió promulgar como una docena durante su reinado—, sino que se restablezcan los derechos imprescriptibles de la persona humana. La más urgente necesidad de la oposición española, me decía días atrás un ilustre jurista guipuzcoano, «es salir del Código Penal».

No hubo, pues, tal amnistía, ni tal indicio de democratización; pero en el ambiente quedó la impresión de la magnanimidad y clemencia de Don Juan Carlos. Vinieron seguidamente los nombramientos del nuevo rey, el primero de ellos el del presidente de las Cortes y Consejo del Reino. Esta entidad es una singular institución imaginada por Franco con el designio de que a su muerte «todo quedase atado y bien atado». El rey, también; puesto que ha aceptado ser lo que es, un rey prisionero del sistema, a tal punto que no tiene ni siquiera el poder de elegir libremente a su jefe de Gobierno —ni al presidente del Consejo del Reino y de las Cortes— debiendo hacerlo entre la terna que le proponga el citado Consejo del Reino, totalmente designado éste por Franco entre las personas más fieles a su política.

Pues bien, Don Juan Carlos designó presidente de las Cortes y del Consejo del Reino al señor Torcuato Fernández

de Miranda: «un conservador moderado», dijo la prensa mundial; «un primer indicio de la tendencia liberal del rey». Pues no, y mil veces no: el señor Fernández de Miranda ha sido siempre, y se ha envanecido de serlo, un militante falangista duro, con ideas totalitarias, en su versión más intransigente y fanática, y a título de tal fue designado por Franco como guía y preceptor de Don Juan Carlos, cuando éste hacía sus estudios.

Vicepresidente del Gobierno del almirante Carrero Blanco, vino a ser automáticamente presidente interino, tras el atentado de ETA que costó la vida al almirante. El señor Torcuato Fernández de Miranda era la persona mejor situada para haber presidido el nuevo gobierno...; pero el general Franco, que era advertido, prudente, maquiavélico, lo dejó caer por considerar que dicho señor, por sus antecedentes y su fidelidad fascistas, no era la persona más indicada para presidir un gobierno cuya principal tarea habría de ser la de abrir a España los umbrales de la Europa libre. ¡Y ahora los medios informativos querían presentarnos la designación para presidente de las Cortes de un señor, a quien incluso el general Franco consideraba demasiado franquista, como un primer signo de la nueva política liberal de Don Juan Carlos! Cosas oíredes, el Cid, que farán hablar las piedras...

*
* * *

Apenas esclarecida la verdadera condición de Don Torcuato, los medios informativos rectificaron, ratificándose en su morbosa benevolencia monarquizante: «Lo ha elegido para dar una satisfacción a la extrema derecha del régimen, con el designio de poder nombrar luego a un liberal para la Presidencia del Gobierno».

Pero el rey —que es un rey prisionero, como ya se ha dicho— no podía, con arreglo a lo que llaman la Constitución, elegir libremente un jefe de Gobierno. Y a pesar de las esperanzas y pronósticos de la prensa bien informada, no hubo propuesta del Consejo del Reino en que figurasen ni el conde de Motrico ni el embajador Fraga Iribarne, a quienes se atribuye cierta proclividad reformadora y liberal. Pues bien, el rey confirmó en sus funciones de presidente del Gobierno a la misma persona que había sido designada últimamente por el general Franco, el señor Arias Navarro, hombre sin duda inteligente, hábil administrador —Goebbels también lo era—, anti-

guo jefe de la policía, cuya verdadera condición moral e ideológica corresponde bien al merecido apodo que le dieran durante la guerra y la represión de «el chacal de Málaga», a causa de la implacable persecución que practicara contra los republicanos de la bella ciudad andaluza. En Málaga se acuerdan todavía de que el señor Arias Navarro se ensañó incluso con las personas que le habían guardado y protegido indemne, en su casa, a él, un fascista conocido y declarado, durante los pocos meses en que la ciudad estuvo en poder de las fuerzas republicanas y revolucionarias.

El señor Arias Navarro es el hombre del 12 de febrero de 1974, que abrió una vez más la *esperanza evanescente* en una evolución del régimen hacia la democracia, como si esa evolución fuera posible cuando se ha comenzado por sustraer a la soberanía nacional la forma del Estado, entronizando un monarca espurio, cúspide y remate de la pirámide de la usurpación. En una revista de España se desliza la sospecha de si esas periódicas aperturas, nunca realizadas, no serán una añagaza de que el régimen se vale para que salgan de sus madrigueras los perseguidos, los descontentos y aún los tibios, a fin de poder identificarlos, catalogarlos y anularlos, cuando se aprieten de nuevo las clavijas. Si los españoles de España hubieran leído a Franco con la misma atención con que yo lo he venido haciendo durante su larga vida, no tendrían la sospecha, sino la certidumbre de que esa estratagema del aparente reblandecimiento del sistema forma parte, en efecto, de la doctrina política del Caudillo, de donde la habrán aprendido el nuevo rey y sus cortesanos.

Allá por el año 1966, con ocasión de la visita a España de la Reina Victoria y del Pretendiente Don Juan de Borbón, para asistir al bautizo del infante Don Felipe, Franco abrió la mano, dejando creer a los monárquicos constitucionales que se acercaba la hora de la restauración. He registrado el episodio en mi libro *Ni Caudillo ni Rey: República* —libro que, naturalmente, nadie puede leer en España sin riesgo de ser multado y encarcelado—. Allí se recogen palabras del propio Franco, pronunciadas el 22 de noviembre de 1966 ante sus Cortes, en que él, que nunca ha engañado a nadie, más que a los que se empeñaban en serlo, manifestaba una vez más su propósito de consumirse en el ejercicio de los poderes excepcionales que él mismo asumiera por indicación del Espíritu Santo, promesa que ha cumplido. Allí explicaba también la técnica de los períodos alternativos de apertura y cerrazón de su política. He aquí sus propias palabras: «Precisamente porque somos fuertes podemos

prescindir de antibióticos y concedernos ciertas licencias que, aunque a primera vista pudieran producir escándalo, nos dan la temperatura de la nación y nos permiten descubrir cómo se mueven los eternos enemigos de nuestra paz interna». ¿Está claro? Pues todavía los ingenuos y los papanatas seguirán concibiendo una nueva «esperanza evanescente», cada vez que el régimen monocrático, con Caudillo o con Rey, anuncie su propósito de democratizarse, propósito que no pasará de ser una superchería y una estratagema, en tanto no se restablezcan de verdad las libertades públicas y el orden constitucional republicano, cuya esencia consiste precisamente en respetar los derechos imprescriptibles de la ciudadanía y en consultar y acatar en todo momento la voluntad actual de la nación.

IV.—Las ejecutorias de los ministros Neo-Liberales

"E STA BIEN; pero ahora, el señor Arias Navarro —dicen—, para dar satisfacción a los deseos del Rey liberal, ha incorporado cuando menos al Gobierno al señor Fraga Iribarne y al señor Areilza, conde de Motrico», a quienes la prensa mundial atribuye, no sé por qué, cierta inclinación liberal, puramente imaginaria. A decir verdad, yo no sé distinguir qué pueda significar entre falangistas la palabra liberal. Quizás aquellos a quienes se les llama liberales sean más peligrosos que sus correligionarios arrogantes y fanáticos, porque son más dúctiles; digámoslo claramente, más hipócritas, mejor dotados para envolver entre buenas palabras y maneras una ideología y una conducta igualmente autoritarias.

En el caso presente, lo confieso, se trata de dos hábiles prestidigitadores, capaces de sacarse de sus sombreros de mago conejos y patos de pseudo-democracia; dos malabaristas de la política que ya han dado pruebas de su arte consumado para jugar con las ideas y las conductas. Mas, el señor Fraga Iribarne ya fue sometido a la prueba de los hechos, fue él quien preparó y dirigió la colosal farsa del Referéndum de 1966 en que se dio la grosera apariencia de legitimidad a una llamada Constitución que ahora todo el mundo declara necesario reformar... sin que jamás haya sido puesta en vigor. (Nunca hubo otra Constitución que la voluntad carismática de Franco.) El señor Fraga Iribarne hizo entonces el prodigio de hacer pasar como consulta popular un pseudo-Referéndum sin libertades de

prensa, de oposición, de opinión, y sin control popular; caso único en la historia política del mundo, pues que con diecinueve millones de votantes registrados en el Censo por el Instituto Geográfico de España, se obtuvieron más de veintiún millones de votos favorables...

Verdad es que el señor Fraga Iribarne fue despachado por Franco, una vez representada la comedia del Referéndum, cumpliéndose una vez más el dicho de nuestro poeta clásico de que «el traidor no es menester, siendo la traición pasada». Ya separado del Gobierno, el señor Fraga Iribarne ha manifestado varias veces en conferencias y declaraciones que hacía falta practicar una auténtica democracia: «Lo que se haga, hay que hacerlo de veras», lo que equivale a confesar tardíamente que lo que se había hecho antes era de mentirijillas.

Dados esos antecedentes se comprenderá bien por qué los republicanos españoles no pueden creer a priori en las auténticas y honradas intenciones de liberalización y democratización del señor Fraga Iribarne, en tanto que los hechos no vengán a acreditar sus palabras.

*
* * *

Y en cuanto al conde de Motrico, difícil es olvidar su libro sobre las reivindicaciones imperiales de España, libro que en su tiempo fue el catecismo del imperialismo falangista. Porque Franco y su Falange aspiraban a reconstruir el imperio español, con la ayuda y al servicio de la Alemania nazi y de la Italia fascista, repartiéndose como buenos camaradas los despojos de los imperios francés e inglés, «tras la derrota inevitable y deseable de las podridas democracias». Estas palabras no son de Hitler, sino de Franco, y pronunciadas entre grandes aclamaciones ante sus Cortes.

Cuando el conde de Motrico fue aceptado como embajador de Franco en París —función en la cual sirvió con eficacia y talento a su señor, contando con la proverbial amnesia de los franceses—, el Gobierno de la República Española en Exilio distribuyó a los senadores y diputados franceses un resumen bastante completo de los capítulos más interesantes de la obra del embajador español, siquiera sea doloroso confesar que los padres de la patria no quisieron enterarse de la antigua hosti-

lidad de Motrico a Francia y a su República: «El conde es tan inteligente, tan distinguido, tan bien educado...».

Yo celebro que un hombre tan inteligente como el señor Areilza esté de vuelta de sus pecados juveniles y se haya convertido a la democracia libre, en que algunos españoles no han dejado de comulgar toda la vida, siendo ésta la causa de que les despojaron de patria y patrimonio; pero no todos los españoles tienen tan piadosa memoria como los desterrados, y allá, en su país vasco, no faltan quienes guarden muy vivo el recuerdo de las palabras que el señor Areilza pronunciara, el 8 de julio de 1937 en Bilbao, homenajearlo al glorioso Ejército y milicias nacionales que le impusieron como primer alcalde fascista de la metrópoli vizcaína. Una de esas personas no desmemoriadas, me lo acaba derecordar, a mí que sí lo soy, por mi morbosa inclinación sentimental a la clemencia. He aquí algunos párrafos bien instructivos: «Nada de pactos y agradecimiento póstumo. Ley de guerra, dura, viril, inexorable. Ha habido, ¡vaya que sí ha habido!, vencedores y vencidos. Ha triunfado la España, una, grande y libre, es decir la de la Falange tradicionalista». El conde de Motrico olvidaba que la mayor gloria del triunfo de Franco sobre Euzkadi, correspondió a las divisiones motorizadas de Mussolini y a los bombarderos de Hitler que arrasaron la ciudad santa de los vascos, Guernica.

«Ha caído vencida para siempre esa horrible pesadilla siniestra y atroz que se llamaba Euzkadi, y que era una resultante del socialismo prietista de un lado y de la imbecilidad vizcaitarra por otro.» «Vizcaya es otra vez un trozo de España por la pura y simple conquista militar.» «No más huelgas, pero también no más especuladores sin conciencia. No más obreros al servicio de Rusia.» «Atención, leguleyos de Ginebra, masones escoceses y obispos comunistas de la Iglesia protestante! Atención, Frente Popular francés y Komintern de Moscú. La garra de vuestro dominio sobre el solar de España la hemos cortado a hachazos»... «España proclama su amistad hacia los grandes países europeos amigos que en estas horas trágicas de cruzada nacional están junto a nosotros, la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y el Portugal de Oliveira Salazar.»

¡Ay! Estas palabras, que todo el mundo parece haber olvidado, del señor Areilza, conde de Motrico, máximo liberalizador de la Monarquía Juancarlista —para satisfacción y solaz de la Europa democrática—, están para la eternidad labradas en el bronce del corazón y esculpidas en el mármol de las conciencias en la España del silencio, a la que todavía nadie ha consultado, ni piensa consultar, sobre su propio destino.

V.—Altanería española ante un mundo envilecido. Lealtad a la República

HE expuesto en artículos precedentes unas cuantas verdades paladinas, hechos irrefutables, razones irrefutables, conductas evidentes, en virtud de los cuales entiendo que ninguna persona sincera y enterada puede dar crédito a los propósitos liberalizadores que se atribuyen al Rey Juan Carlos I y a sus cortesanos. Soy demasiado amante de la verdad pura y simple para que pueda contemplar sin indignación, sin rebeldía, sin asco, esa mixtificación sistemática de la verdadera condición del Rey y de su monocracia totalitaria, impuesta a España por el Caudillo carismático.

No puedo comprender que los Gobiernos y pueblos de las democracias libres acepten sin más ni más la patraña de que un Rey entronizado sin consentimiento explícito de la nación y como heredero de la más cruel y prolongada tiranía que haya sufrido pueblo alguno, puede convertirse por arte de birlibir-loque en un gobernante liberal y democrático.

Hay muchas cosas del mundo moderno que yo no llego a comprender. Yo no comprendo, por ejemplo, que el dictador Pinochet y la China comunista rivalicen entre sí para ver quién envía las más hermosas coronas de flores a los funerales del general Franco.

Yo no puedo comprender que cuando Europa vuelve a descubrir la verdadera condición del tirano español, porque ordenó la ejecución de sus cinco últimas víctimas —se había olvidado que durante su reinado había condenado a muerte 192.584 personas—, y cuando las naciones civilizadas retiraban en señal de horror y reprobación sus embajadores, el dictador de la Cuba revolucionaria, Fidel Castro, escogiera precisamente esta ocasión para restablecer al rango de Embajada su representación diplomática en Madrid...

Yo no comprendo, en fin, que los presidentes de la Alemania democrática y de la Francia republicana asistieran a las ceremonias de entronización de un Rey intruso, ilegítimo, que ha prestado juramento de mantener la continuidad del Estado totalitario impuesto a España por la intervención armada de las potencias fascistas que desencadenaron la Segunda Guerra Mundial. Y no quiero seguir. No acabaría nunca. Podría multiplicar los ejemplos a derecha e izquierda, en Oriente y en Occi-

dente. Todo eso me parece tan escandaloso que no puedo contener mi indignación, mi rebeldía, mi asco. Por eso me callo; no sin dejar constancia de que existe una táctica sistemática, embustera e innoble que se propone embellecer el franquismo post-Franco, enmascarado tal vez con los oropeles de una Monarquía llamada liberal, lo que me parece —me atrevo a decirlo— una nueva manera de intervención extranjera en los asuntos interiores de España, contra el pueblo y contra la República.

Y todavía algunas palabras para recordar una vez más la política permanente de los republicanos. Estas palabras fueron pronunciadas recientemente en México, en un acto de afirmación republicana al cual asistieron dos mil quinientos comensales, ante el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos y el Jefe del Gobierno de Dinamarca Anke Jorgensen: «Los republicanos mantienen la misma línea política de siempre, pues que desgraciadamente la realidad nacional no ha cambiado. La soberanía popular continúa usurpada y en secuestro, bajo un régimen ilegítimo impuesto a España por la rebelión interior y por la intervención extranjera, y España tiene que volver a ser dueña de sus destinos, conforme lo quería Alfonso XIII, último Rey legítimo que han tenido los españoles».

«Rechazamos con indignación la peregrina especie, ahora de moda, de que el pueblo español no está preparado para la democracia ni para la República —¿y estará preparado para la tiranía?— y que, por lo tanto, precisa montar un nuevo dispositivo que apuntale el sistema tradicional español ante el desmoronamiento ya inevitable del sistema franquista.»

«Los republicanos no quieren la venganza ni la sangre. Porque quieren la paz, desde hace tantos años, desde la última reunión del Parlamento español en territorio nacional, febrero de 1939, celebrada en los sótanos del castillo de Figueras, han venido ofreciendo la reconciliación nacional sobre un estatuto de derechos y deberes iguales para todos los ciudadanos y mediante la celebración de unas elecciones libres y sinceras que refieran el problema de la forma de gobierno a la consulta de la soberanía nacional. Este ofrecimiento señala el límite de la generosidad que se nos puede exigir en nombre del patriotismo; pero mientras la voluntad nacional no haya sido consultada, nuestro deber y nuestra decisión es mantener el patrimonio sagrado de la legitimidad republicana. La España del exilio no desaparecerá mientras tenga ese deber histórico que cumplir. Solos o acompañados, mantendremos nuestra fidelidad a

1975

la República, hasta que España sea un pueblo libre que, en ejercicio de su soberanía, haya podido instituir un nuevo Estado legítimo de la nación, el emanado de la voluntad de su pueblo. ¿Solos y exilados? Solo y exilado, *isolé et exilé* estuvo el General de Gaulle en Londres y, sin embargo, él era la Francia».

POST SCRIPTUM

No he logrado que estos artículos se publiquen en ninguno de los periódicos donde suelo colaborar y me decido a publicarlos por mi cuenta para que, al menos, lleguen a conocimiento de mis más asiduos corresponsales.

LEA USTED:

SOCIALISMO LIBRE FRENTE A MITOLOGIA REVOLUCIONARIA

por Fernando Valera

Ed. Oasis S.A., Oaxaca, 28 — México 7 D.F.

Precio: 4 \$ o su equivalencia en cualquier moneda

NI CAUDILLO NI REY: REPUBLICA

por Fernando Valera

Ed. Finisterre S.A. — Calle de Galicia — México 13 D.F.

Precio: 4 \$ o su equivalencia en cualquier moneda

O directamente al autor, enviando 20 Francos por ejemplar (franquicia comprendida) a

F. VALERA APARICIO

Cuenta corriente postal n.º 82 73 83 Centre de PARIS